

**ENTREVISTA A CRISTINA DE LEÓN sobre su participación en la Historia de la  
Psicomotricidad Uruguaya, y sobre su enfoque de dicha disciplina.**

---

Fecha: 16 de febrero de 2011

Entrevistan: Clara Agustoni y Jimena Jaso

*- Nos gustaría saber cómo surge tu interés por la psicomotricidad, que nos contaras sobre el enfoque de la psicomotricidad en ese momento, cómo se fueron produciendo los cambios, como los viviste y fuiste partícipe de ellos...*

Me estás haciendo varias preguntas a la vez.

En cuanto a la primera pregunta te podría decir que allá por el año 1975 yo me acerqué a lo que en esa época se llamaba el equipo de la Dra. Rebollo”, que funcionaba en el 4º. Piso del Hospital de Clínicas.

Me acababa de recibir de maestra y que me dieran la posibilidad de empezar a trabajar en ese equipo era algo que nunca me había animado a imaginar. Una amiga me dijo: “Entraste por la puerta grande” Era un equipo que tenía un gran prestigio donde se trabajaba con mucha seriedad. Son oportunidades que a veces la vida nos da. Yo la supe aprovechar. Trabajé con gran entusiasmo, estudié, en fin, intenté dar lo mejor de mí misma.

Al año Rebollo me llamó y me preguntó si me interesaría trabajar en psicomotricidad.

En aquella época no existía la palabra psicomotricista, se hacía reeducación psicomotriz y las personas que trabajaban en esta área eran Bertha Gordon (que había hecho una pasantía en Francia a instancias de Rebollo) y Jeannette Podbielevich (que se había formado trabajando con Bertha).

Yo sabía que había una sala de psicomotricidad, sabía que trabajaban allí Bertha y Jeannette porque las veía en los ateneos, pero no mucho más porque las reeducadoras psicomotrices no hacían estudios, no tenían mucha presencia en el ateneo. A veces hablaban de la evolución de algún paciente, pero nada más.

Cuando Rebollo me invitó a trabajar en psicomotricidad, lo primero que le pregunté fue si no tenía que ser fisioterapeuta. Me contestó que no, que no

tenía nada que ver. Entonces le dije “pero yo no sé lo que es”, y ella me contestó “pero se puede aprender”. Y bueno... le dije que sí.

Entonces empecé a ir a observar el trabajo de Berta. Luego empecé a trabajar con ella y después con Jeannette. La sala de psicomotricidad estaba ubicada en una saliente del Hospital de Clínicas. Era un espacio muy grande donde había aros, pelotas (de las chicas; las grandes no existían por lo menos acá), colchonetas, metrónomos, palos, algunos juguetes de pequeño tamaño.

Un día, al llegar vi a una muchacha de túnica blanca, flaquita, que yo no conocía. Apareció Jeannette y me dijo que me iba a presentar a una colega, una maestra como yo: era Claudia Ravera. Ella acaba de recibirse de maestra, tenía 21 años. Había empezado a ir al Hospital invitada por Jeannette a quien conocía de antes. Claudia entró para hacer psicomotricidad. Así fue como nos conocimos.

Empezamos a trabajar pero no entendíamos mucho. Bertha en aquella época trabajaba lo que luego se llamó “psicomotricidad instrumental” Esta modalidad de trabajo se basaba en ejercicios propuestos por el reeducador. Si el niño tenía dificultades con el espacio, se promovían actividades muy dirigidas para que fuera fortaleciendo esta gnosia. Así, por ejemplo, para que integrara la noción de adentro-afuera, se ponían aros en el piso y se le decía: “si doy dos palmas vas a saltar adentro del aro, una palma fuera del aro. Podía enriquecerse este ejercicio haciendo que el niño caminara al ritmo de un metrónomo ( y así se trabajaba también la atención y la gnosia tiempo), mientras caminaba tratando de adaptarse a los diferentes ritmos marcados por el metrónomo, debía prestar atención a los golpes de palma que indicaban si debía detenerse adentro o afuera del aro. Esto para que tengan una idea de cómo era el trabajo.

Un día alguien me dijo que había salido el Curso de Psicomotricidad. Yo no sabía que Rebollo estaba preparando este curso. Por supuesto que a Claudia y a mí nos interesó muchísimo. Iba a ser en la Escuela de Tecnología Médica e iba a haber concurso para poder entrar. Esto fue en 1977.

Llegó diciembre y nos fuimos a anotar para la prueba de ingreso. Teníamos un susto espantoso. Cuando llegamos había una cola de gente impresionante, me encontré con varios estudiantes de medicina. Pensé: “marchamos, éstos nos ganan seguro”.

La prueba era escrita. Había un temario para estudiar. En ese tiempo cuando estábamos Claudia y yo haciendo práctica, apareció también Ana Cerutti. Ella quería especializarse como maestra. Ana había sido compañera mía en Magisterio.

Cuando surgió el curso de psicomotricidad, decidió también presentarse al concurso.

Yo pensaba “si yo llego a perder esta prueba me muero de vergüenza y no vuelvo nunca más al 4º piso”. No te puedo decir lo que fue aquel verano, los nervios que pasé. Ahí se sumó Cristina Steineck que era una íntima amiga mía de la infancia. Nos conocíamos desde que nacimos, tenemos fotos de bebitas juntas. Cristina quería ser fonoaudiología pero como ese año no abrió la carrera decidió presentarse a psicomotricidad.

La prueba la preparamos Claudia, Cristina y yo por un lado y Ana y Elena (otra maestra parienta de Ana) por otro lado. Cada tanto nos reuníamos e intercambiábamos material. Pero era un concurso, entonces por un lado éramos compañeras pero por otro competíamos.

Después nos enteramos que había 120 inscriptos y 10 lugares. Los nervios iban en aumento. Estudiamos muchísimo.

La prueba se hizo con todas las garantías: el trabajo se ponía en un sobre cerrado, con un número. A parte había un sobre con el número y adentro estaba el nombre de cada concursante. O sea que la prueba era con todas las seguridades de la ley.

Me acuerdo además que se exigía tener bachillerato terminado. Ni Ana, ni Elena, ni Claudia tenían el bachillerato porque ellas eran maestras y en aquella época se podía entrar a magisterio sin haber cursado el bachillerato.

Entonces Ana Cerutti que siempre fue muy luchadora, se acordó de una ley de la dictadura donde se había hecho la equivalencia del título de maestra y el título de bachiller. Esto en su momento, enojó mucho a las maestras (ponía el título de maestra al mismo nivel que el de bachiller).

Pero Ana supo sacar de lo malo algo provechoso: “ahora que nos reconozcan que nosotras tenemos equivalente al bachillerato” Se movió a nivel del Ministerio, ella era de ir y golpear la puerta, no le importaba nada que era una chiquilina, ni que nadie la conociera. Podía enfrentarse al mismísimo Presidente de la República. Me acuerdo que habíamos entrado todos a la

prueba escrita y estaban ellas tres estaban afuera porque que todavía no se decidía si las dejaban o no dar la prueba. Al final entraron. Dimos la prueba y luego de unos días estaban los resultados.

Parecía un acomodo, las cuatro estábamos en la lista. Pero nadie podía dudar de la impecabilidad del procedimiento.

El curso duraba dos años, en ese tiempo se llamaba curso, y teníamos materias como: neuropediatría, desarrollo neurológico, alteraciones del desarrollo neurológico. Estas materias las daba Rebollo. Concurrían también los médicos que estaban haciendo el postgrado de neuropediatría. Imagínate el nivel, era un nivel de postgrado de medicina. Yo tenía preparatorio de humanístico, Claudia y Ana eran maestras y no habían hecho bachillerato, la única que tenía preparatorio de biológico era Cristina Steineck, por eso Claudia y yo siempre estudiábamos con ella porque tenía una base para esas materias de biología.

Después músculos y huesos... íbamos a la Facultad de Medicina y nos daba clase un docente de la Facultad de Medicina con un cadáver que disecaba. Yo me acuerdo que no me animaba a pasar de la puerta y miraba de lejos, era una cosa espantosa. Bueno, después de a poquito me forzaba a mirar. Había un nivel de exigencia fenomenal. También estudiábamos Piaget con Susana Cardús, que era una de las psicólogas del Servicio de Neuropediatría que dirigía Rebollo. El nivel de exigencia en el examen era muy alto. Los prácticos los daba Bertha Gordon.

O sea, salíamos con una excelente formación en neuropediatría, en desarrollo cognitivo del niño, y sabíamos como se daban las clases prácticas pero lo que no lográbamos era hacer la integración, cómo se fundamentaba esa práctica que Bertha manejaba bien porque los niños salían adelante, era un placer verla trabajar con los niños. Nosotros aprendimos bien todos los ejercicios pero no entendíamos bien para qué eran.

Porque además como no había diagnóstico en psicomotricidad, ¿por qué les planteaba a determinados niños unos ejercicios y a otros niños otros ejercicios? Entonces la angustia nos sobrevolaba, para colmo nos recibimos y seguimos yendo a neuropediatría a hacer práctica Claudia, Ana, Elena, Cristina Steineck y yo. Íbamos a ver trabajar a Jeannette y a Bertha, en ese año Jeannette se fue del servicio y quedó libre su cargo.

Como estábamos en dictadura no había concursos para acceder a los cargos.

Le competía al Jefe de Servicio nombrar a las personas que ocuparían los cargos. Rebollo dijo que nosotras debíamos elegir quién debía ocupar el cargo de Jeannette. Se decidió que como yo era la persona que hacía más tiempo que estaba yendo al servicio me correspondía a mí. Fue así que en octubre del 80 me nombraron para el cargo que había ocupado Jeannette. No hacía un año que estaba recibida y ya tenía un cargo dentro del equipo de Rebollo como reeducadora psicomotriz. O sea que pasé a desempeñar la función que desempeñaba Jeannette en el Servicio de Neuropediatría, equipo de dificultades de aprendizaje de la Dra. Rebollo. Yo no podía creer lo que me estaba pasando, todo fue en tan poco tiempo...

Pero pese a la excelencia del nivel del curso, aquello no nos conformaba. Eran más las incertidumbres que las certezas. La psicomotricidad casi no existía. Y nosotras, recién egresadas del curso, no sabíamos bien lo que era. Habíamos estudiado a fondo algunas áreas que son básicas en la formación del psicomotricista. Pero no lográbamos hacer la síntesis.

Fue así, llenas de deseos de aprender y por qué no, con gran angustia y ansiedad, que iniciamos una búsqueda.

En aquel momento podíamos trabajar solamente en el campo de las dificultades de aprendizaje y con lactantes.

Bertha nos enseñó a trabajar muy bien con bebés con patología. Se le enseñaba a la mamá a hacer ejercicios para que ella los hiciera en su casa al bebé.

Cuando uno detecta una alteración en un bebé es, casi siempre, algo muy grave. Eso de la mirada, del contacto, si hay acuerdo tónico emocional, postural, entre la madre y el bebé, esas cosas no se miraban en aquella época. Nos fijábamos se sostenía bien la cabecita, si había una hipotonía, si se sentaba a la edad en que lo hacen los demás niños. Para corregir estos problemas era que se indicaban los ejercicios. Estos eran anotados en una libretita que se le entregaba a la madre. A la semana, el bebe volvía con su madre y se miraba diciendo en tono de broma "si la mamá había hecho bien los deberes". Por supuesto que importaba la madre. Se trataba de darle aliento, de

respaldarla, pero no se hablaba aún de la importancia de los vínculos tempranos en el desarrollo posterior del niño. O sea, se trabajaba sobre el cuerpo del niño tratando de desarrollar habilidades y con la madre para sostenerla en su angustia, pero no se pensaba en el vínculo que se estaba armando entre esa madre y ese bebe.

Era una práctica instrumental, casi podríamos decir que se ubicaba en lo que Le Camus llamó "Etapa del cuerpo hábil". En lo teórico ya se había empezado a pensar (acá en Uruguay) cómo las acciones del niño con su propio cuerpo y con el entorno repercutían en la construcción de su psiquismo, pero en la práctica, esto no quedaba claro.

En la práctica con los niños mayores el trabajo (del que ya hemos dado algunos ejemplos) era muy dirigido hacia lo cognitivo, la relación entre los movimientos y los efectos cognitivos, la afectividad no estaba integrada en esa práctica.

Fuimos a diversos congresos, algunos en Buenos Aires, en Porto Alegre, íbamos hasta donde nos diera la plata. Teníamos una ansiedad impresionante. Cuando íbamos a Buenos o a cualquier otro lugar, revolvíamos las librerías (no había Internet).

Un día con Claudia fuimos a una librería en Buenos Aires y encontramos un libro de dos señores: Aucouturier y Lapierre. El libro se llamaba "Contrastes". Empezamos a leer el prólogo y dijimos "éstas dos personas tienen las respuestas a todos nuestros interrogantes". Esto es maravilloso!" Entonces compramos el libro para la Asociación de Psicomotricidad que recientemente habíamos formado (a instancias de Rebollo). También a instancias de Rebollo realizamos las 1as. Jornadas Uruguayas de Psicomotricidad..

Cuando Claudia y yo descubrimos el libro de Aucouturier lo llevamos a Montevideo como una maravilla. Nos pusimos a leer el libro (es una trilogía: Contrastes, Matices y Asociaciones de Contrastes y Matices), es interesante verlo porque es de la época instrumental de Aucouturier. Pero descubrimos que después de un prólogo donde aparentemente contestaba todos nuestros interrogantes, planteaba una práctica que era bastante parecida a la de Bertha. Pero de todas formas ese prólogo nos fascinó.

En ese año en que yo todavía no tenía el cargo y seguía trabajando como maestra, íbamos de tarde a neuropediatría y teníamos pacientes que

atendíamos de forma honoraria. Entonces el servicio era nuestro, no había nadie más que Claudia y yo, no recuerdo si Ana iba. Y Claudia era muy traviesa, sigue siendolo... entonces un día se le ocurre revolver el escritorio de Rebollo (risas), entonces dice “mirá Cristina lo que encontré: un afiche anunciando una conferencia de Aucouturier en Bs. As. Y Rebollo no nos dijo nada”. Claro Rebollo capaz que no le dio importancia, no sé. Rebollo ahora sabe (risas). Entonces dijimos:” ¡Vamos todas a Bs. As! Conseguimos la plata de donde sea y vamos a Bs. As!” Al final fuimos solamente Ana Cerutti y yo.

Nos tomamos el pasaje más barato, pasamos toda la noche viajando, llegamos y escuchamos la conferencia. Al terminar Ana me dijo: “tenemos que ir a hablar con él” “te parece?” “si si, vos que hablás francés, vamos!” Entonces llegamos al estrado donde estaba Aucouturier juntando diapositivas apurado porque se quería volver a Francia porque había elecciones. Estaba apuradísimo, entonces yo le dije “Monsieur” “¿oui?” Y yo me olvidé de todo el francés que había aprendido en la Alianza Francesa, me quedé como paralizada. Ahí, Mirtha Chokler que estaba al lado porque era la que organizaba el evento me dijo: “si le hablás despacio en español te entiende” entonces le dije: “Señor, usted me podría dar su dirección y su teléfono?” “Oui” y tomó un papelito y escribió. Y yo me guardé el papelito.

Un año después se me brindó la oportunidad de presentarme a una beca de los rotarios. Me presenté y la gané. Era una beca por un año que cubría pasaje, alojamiento, el pago de los cursos y además me daban tres meses de estudio de francés durante el verano europeo. Hablé con Rebollo y le pregunté a dónde ir. Ella me contestó inmediatamente: “A París, al servicio de Bergès, al hospital Saint-Anne”, ella tenía contactos allí.

Yo sabía francés pero pensé: “tres meses de práctica de francés no lo voy a desperdiciar”. Entonces me fui el 17 de junio 1982 a Tours, porque el curso era allí en un instituto de lengua francesa para extranjeros. Estuve tres meses en Tours y aprendí bien el francés porque tenía que usarlo, no había otra. Llegó setiembre y empezaron las clases en Francia, pero el servicio de Bergès recién empezaba a trabajar en octubre.

Entonces pensé: “Aucouturier vive acá en Tours y yo tengo aquel papelito con la dirección y el teléfono”. Junté coraje y lo llamé. Le dije que venía de Uruguay

y que tenía interés en hablar con él. Me citó. Él era profesor de Educación Física y Director del Centro de Educación Física especializada de Tours.

Le conté que había hecho un curso de psicomotricidad en Uruguay que era muy bueno pero... “¿Pero?” preguntó él, “bueno no nos conforma” “¿por qué?” “porque sentimos que no está incluida la afectividad en la praxis” “Exacto,(dijo con énfasis), bueno la invito a venir a ver el trabajo que yo hago con los niños en la sala de psicomotricidad”. Y empecé a ir. Me sorprendí ver mucha gente que venía de todas partes del mundo. Estaban todos sentados en bancos observando (la sala era enorme y esta presencia no condicionaba en absoluto el trabajo con los niños).

A parte había tres personas muy jóvenes que hacían la pasantía con Bernard, un muchacho vasco y dos muchachas francesas que se habían recibido de psicomotricistas en la Salpêtrière, que es el curso oficial en Francia. Ellos iban a pasar todo el año en Tours trabajando con Aucouturier. Y bueno, yo estaba fascinada, tampoco entendía mucho, pero me daba cuenta que por ahí sí iba la cosa.

Entonces cuando llega octubre pienso: si esto es en Tours que es una ciudad de provincia, lo que voy a encontrar en París! Y las chicas de la Salpêtrière me dijeron: “no vas a encontrar en París algo mejor que esto”. Yo no les hice caso. Me instalé en la ciudad universitaria de París. Entonces fui a presentarme al profesor Bergès con una carta de Rebollo. Él me remitió a una psicomotricista y me invitó a participar de los ateneos de los jueves. Voy al primer ateneo y descubro que la dinámica era muy parecida a lo que hacíamos con Rebollo. ¡Los famosos ateneos de Neuropediatría! Pensé: “esta película yo ya la vi, pero ahora está en francés” (risas). Había alguien que presentaba un paciente, Bergès hacía pasar a la madre y al niño, tenía un manejo maravilloso de ésta situación, cómo iba examinando al niño, hablando con la madre, cómo intervenían las personas que lo habían visto, lo habían estudiado desde el punto de vista psicológico, del lenguaje...la maestra que estaba era Mme Meljac que hacía la parte de matemáticas. Bueno, eso me pareció precioso, interesantísimo. Ahí en el servicio de Bergès no había psicomotricidad. La psicomotricista que me recomendó Bergès trabajaba en la Salpêtrière.

Allá fui llena de expectativas. Me encontré con una señora de túnica blanca sentada en una mesa con un nene también sentado, con una cajita. La señora



le decía que tenía que embocar un botoncito adentro de la cajita. Le decía: “empujá Michel, empujá” (en francés por supuesto). Y después lo hacía saltar, etc. Estaba en una etapa anterior a la que nos habíamos formado nosotros. No sé si decir que era la etapa que Le Camus llamó la “etapa del paralelismo”. Pero no, ni siquiera era eso. Se trataba de una mera ejercitación motriz. Me acordé de lo que me habían dicho las chicas en Tours. Igual seguí yendo.

Entonces alguien me puso en contacto con Mme Desobeau que era muy conocida, habíamos leído libros de ella, pero no era del servicio de Bergés. Voy a verla trabajar y estaba trabajando con un disgráfico. Hacía relajación y después se sentaba en una mesa y le decía si quería dibujar algo. Si el niño decía que no, lo dejaba ir. La sesión podía durar 10 – 15 minutos.

Después entró una nena, tenía unos juguetes, una mesita y unas muñecas y la nena por supuesto se puso a jugar a las mamás. Mme. Desobeau se sentó y jugó con la nena, porque ella decía que su práctica no era instrumental. Pese a la forma irónica con que cuento esto, Mme. Desobeau ya había dado un paso importante: la utilización del juego como instrumento de intervención en psicomotricidad. Ya estaba el tema del juego libre del niño como manera de entrar en relación con él.

Después me invitó a una especie de ateneo donde se podía hacer preguntas y yo le pregunté en qué se diferenciaba el trabajo que ella hacía del trabajo que hacían los psicólogos. Me contestó que ella no hacía interpretación y que involucraba mucho más su cuerpo. No me conformó

Me decidí a llamar a Aucouturier y le pregunté si me permitía ir dos días a la semana a Tours. A partir de ese momento (era principios de noviembre) viviendo en París yo iba dos días a la semana a Tours. En París iba a ver a Mme Boursat en la Salpetriere. Me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo, pero para hablar con Bergés personalmente había que pedir audiencia y te daba para dos meses después. Yo me dije “no voy a estar dos meses viendo trabajar a Mme Boursat”. Se me ocurrió una idea: esperé a Bergés en la puerta de su consultorio. A esa altura ya sabía a qué hora salía de su consultorio para ir al ateneo. Iba caminando rapidísimo y le digo “Monsieur, Profesor Bergés quiero hablar con Ud.” “¿Qué le pasa?” dijo él mientras seguía caminando, le dije “que uno no atraviesa un océano para ver trabajar a Mme. Boursat. Quiero que me recomiende a otro psicomotricista que trabaje mejor”,

“lo lamento mucho, madame, yo no tengo nada mejor que ofrecerle porque a mí la psicomotricidad no me interesa, a mí me interesa la relajación”. Y ahí llegamos al ateneo. Entonces decidí instalarme en Tours e ir a París sólo los jueves, de mañana a los ateneos y de tarde al curso de “Relajación Terapéutica”. Eso sí me interesó.

Pero ese curso terminó en febrero y a partir de ahí no fui más a París y me quedé con Aucouturier que me aceptó como pasante. Hacía Educación Psicomotriz y Terapia Psicomotriz. Después nos pidió que hiciéramos una monografía y dejó constancia de que estaba aprobada.

Cuando volví traje una fotocopia de regalo para Rebollo y ella me dijo que quería que contara mi experiencia un miércoles en lugar de hacer el ateneo.

Ese día, se llenó el anfiteatro de Neuropediatría. No me había imaginado que hubiera tanto interés, no sólo vinieron psicomotricistas sino también psiquiatras, neuropediatras, todo el mundo.

Di la charla y pasé dispositivas de la sala de Tours. Una psiquiatra que trabajaba con Rebollo me preguntó en qué se fundamentaba esa práctica porque ella veía cosas de Lacan, de Freud, de Winnicott, y yo le contesté lo que decía siempre Aucouturier: que el tomaba de cada autor lo que le servía para su práctica. En realidad, si bien la práctica de Aucouturier era fascinante, no era clara su fundamentación teórica. Cuando terminé, la miré a Rebollo. Rebollo se paró, y yo me acerqué como diciéndole “bueno ¿qué le pareció?” Rebollo me miró y me dijo “no estoy de acuerdo”. Y yo le dije “sí, ya sé que no está de acuerdo” y entonces contestó: “eso no tiene nada que ver con la teoría que Ud. aprendió en el curso y con la fundamentación teórica del equipo de trabajo de acá”. Y se fue.

Pensé: “sigo trabajando como Berta”.. pero no pude. ¡No pude! Empecé a trabajar y empecé a dejar que los chiquilines jugaran. Porque yo tenía mi cargo, tuve licencia por un año y volví a mi cargo y tenía que atender niños. Y Marisa Grajales enseguida se sumó a apoyarme a mí. A ella le gustó mi propuesta. A Claudia no. Y a Juan Mila tampoco. Pero igual se sentaban a mirarme trabajar. También venían a observar Cristina Steineck, Blanca García, Carla Giordano, Jeannette Podvielevich, Magdalena Marqués entre otros. (Ana Cerutti no participó en esta etapa porque a la semana de llegar yo, ella se fue a Tours, también con una beca de los rotarios. Se quedó dos años). Entonces yo

empecé con que necesitaba material porque con los aros y los palos, unas pelotas y el metrónomo ¿a qué jugaban? Jugaban a la pelota. Otra crítica que me hacían era que esa sala era para el mundo desarrollado, en un país pobre y subdesarrollado como este, nunca se iba a poder armar una sala como aquella. Bueno, al final Claudia, Juan y alguno de los otros se fueron convenciendo. Siempre con dudas, nada era demasiado claro, pero apoyaron. Entonces salimos a las empresas a pedir que nos donaran telas, madera, descubrimos que en el Hospital de Clínicas había un servicio de costurero, uno de carpintería, otro de herrería. Y así, con las donaciones y la colaboración de los funcionarios de los diferentes servicios del Hospital de Clínicas, logramos armar la sala de Aucouturier. Rebollo no decía nada pero nos dejaba hacer. Invitamos a los psicólogos del servicio, en aquella época ya había dos jóvenes: Mercedes Pérez, psicóloga social, y Carlos Kachinosky. Mercedes no se animó a venir a vernos trabajar, puso peros. Carlos sí lo hizo. Luego me hizo unas preguntas que no supe contestar. La angustia nos galopaba. Me acuerdo que Cristina Steineck consiguió un contacto con una psicóloga que era amiga de ella, una psicoanalista joven. Fue así que tuvimos una conversación y yo le conté y entonces me preguntó: ¿pero qué es lo que cura? Porque en el psicoanálisis lo que cura es la interpretación, y ahí tu jugás con el niño pero ¿qué es lo que cura? Y yo salí con una gran decepción, con el ánimo por los pies, porque la verdad es que yo no sabía qué era lo que curaba. Pensamos: la falla nuestra teórica está en que no sabemos nada de psicoanálisis, tenemos que aprender, entonces formamos un grupo de estudio. Ya antes de irme a Francia nos habíamos dado cuenta que la parte de psicología era la parte débil, el desarrollo afectivo del niño nos fallaba. Entonces habíamos armado un grupo con el esposo de Mercedes Pérez, Carlos Saavedra, que es un psicólogo social muy reconocido. Fue así que aprendimos a trabajar en forma de “grupo operativo”. Pienso que eso, el haber aprendido a trabajar como grupo operativo, dejó una impronta en la psicomotricidad uruguaya: nosotros siempre pensamos en grupo y cuando en el grupo aparecen conflictos por rivalidades etc. lo vemos, lo trabajamos, no permitimos que esas cosas detengan nuestro avance.

Nosotros siempre recurrimos a él (aún ahora) cuando tenemos líos institucionales, él maneja muy bien toda la parte de grupos, de las relaciones

entre las personas que trabajan juntas y también de grupos de niños. Empezamos a estudiar psicología con él. Pero cuando yo volví de Francia ya queríamos psicoanálisis. Y los psicoanalistas no nos daban corte porque tenían miedo de que invadiéramos su campo y sin la debida formación. Al final ¿quién nos abre las puertas? El ya anciano Prof. Prego. ¿Por qué? Porque como él nos dijo:

“Yo ya estoy más allá del bien y del mal”. Él hacía años que trabajaba con Jeannette. Jeannette se había ido del Clínicas a trabajar en la clínica psiquiatría infantil del Pereira Rossell y también empezó a trabajar en la Clínica privada del Prof. Prego. Y Prego entendía la Psicomotricidad. Por más que Jeannette hacía en esa época una psicomotricidad instrumental, él algo entendía, todavía no la tenía muy clara, pero le interesó y quiso ayudarnos. Y además no tenía miedo de abrimos las puertas porque él ya era un personaje tan importante que nadie se iba a animar a decir: ¡oh está recibiendo a los psicomotricistas! Entonces fuimos doce personas, ya a esa altura habíamos crecido, se agregó a nuestra frenética lucha la segunda generación que también tenía gente muy seria y valiosa: Blanca García, Juan Mila, Carla Giordano, Magdalena Marqués entre otros. Fue así que formamos un grupo de estudio que duró cuatro años y fue importantísimo. Aprendimos muchísimo. Fue el grupo de estudio de Prego del que sale la primera definición (nuestra) de alteración psicomotriz. En el libro que publiqué el año pasado sobre Diagnóstico en Psicomotricidad me refiero a esa definición, la definición de alteración psicomotriz: *“la alteración psicomotriz es una alteración del movimiento que se va construyendo a lo largo de las primeras etapas de la vida del individuo donde hay elementos somáticos y psíquicos.* Esa fue la definición que manejamos durante muchísimos años.

Después hubo gente que hizo grupo de estudio con Mercedes Garbarino. Y seguimos haciendo camino, invitando argentinos, de toda la gente que invitábamos de otros países o que íbamos a ver a Bs. As., siempre llegábamos a la conclusión de que nosotros sabíamos más que ellos (risas) La humildad propia de los uruguayos...

—¿Y a nivel institucional se pudieron producir estos cambios?

Me faltó una parte de la historia. Cuando yo volví de Francia Bertha se había ido, y ya había entrado Claudia en el cargo de Bertha. ¿Y cómo ganó el cargo Claudia? Rebollo no sabía qué decidir: entre Claudia y Ana. ¿Por cuál de las dos decidirse ya que ambas habían sido igualmente brillantes como estudiantes? Entonces hizo un sorteo, ganó Claudia. Claudia decía: “me gané un cargo en una rifa” (risas). De manera que ahí quedamos Claudia y yo, cuando me fui a Francia éramos Claudia y yo, cuando volví estaba Marisa Grajales.

Antes de irme a Francia ya habíamos empezado a ser docentes de la carrera de psicomotricidad. Asistían las practicantes de la segunda generación, que dicen que era de terror tener clase conmigo porque yo les decía: “miren, yo hago esto, pero yo no se por qué lo hago...(risas)..., Bertha hace esto y yo hago lo mismo, las pelotas, los aros...” Pero esto fue antes de venir de Francia. Cuando volví y armamos la sala, las practicas que comenzaron a tener los estudiantes de psicomotricidad era la práctica de Aucouturier, que no sabíamos fundamentar. Una de las primeras generaciones que tuvimos fue la de Anabelle Alterwain, que cuando le hice la dedicatoria y le regalé el libro que publiqué el año pasado (es compañera mía en CEDIIAP) le puse “porque tuviste que sufrir mis primeros pasos como docente e igual me querés” (risas). Anabelle fue mi alumna en el 85-86, en aquella época ya trabajábamos con la sala de psicomotricidad, pero no había una clara fundamentación de la práctica. Después se fue dos años a estudiar en Francia con Aucouturier. También tuvo que sufrir ser estudiante en aquella época la directora de ustedes, Carmen Cal. Le tocó ser estudiante en una época en que ni los docentes entendíamos por qué hacíamos lo que hacíamos. O sea que la psicomotricidad en Uruguay y en los otros países fue toda una construcción.

Yo creo que fue una cosa maravillosa lo que le pasó a Rebollo, ella logró captar en los años 50 que esto era algo interesantísimo.

Rebollo no me quiso hacer el prólogo del libro, porque ella dice que las alteraciones psicomotrices son solamente las alteraciones de la motricidad de causa afectiva, entonces yo le pregunto ¿qué psicomotricidad nos enseñaron a nosotros cuando lo único que nos enseñaban era Neurología y Piaget? Se quedó sin respuesta. Pero sigue discrepando conmigo y como yo clasifico las alteraciones psicomotrices en debilidad motriz, dispraxias y alteraciones de la

expresividad motriz, que son las de causa afectiva, ella no me quiso aceptar que la debilidad motriz fuera una alteración psicomotriz. Fue por eso que no me hizo el prólogo.

Como yo pensaba poner el prologo en la contratapa, me quedé sin nada para poner y al librero se le ocurrió sin consultarme colocar ahí lo que es un poco el final de mi curriculum, que dice así: *Los estudios de Cristina de León en Paris y Tours provocaron un cambio de rumbo de la psicomotricidad uruguaya al volcar en el país las nuevas corrientes existentes en Francia.* Y luego continúa: *“Un elenco pionero de psicomotricistas uruguayos las tomó y, con espíritu crítico, las desarrolló y construyó la práctica y la fundamentación teórica de lo que puede considerarse una Escuela Uruguaya de Psicomotricidad”*

Pero a mí no me gusta esa contratapa. No me gusta porque da la sensación de que yo traje la Psicomotricidad de Francia. Y esto no es así. La psicomotricidad que les enseñamos a ustedes en las tres Licenciaturas son producto de muchos años muy fermentales de trabajo que realizamos con otros compañeros, donde lo que vino de Francia es un ingrediente más.

*¿Y en Uruguay?*

Y acá en Uruguay, siempre fuimos muy exigentes. Nosotros no creamos una escuela de Aucouturier como él quería. Más adelante Aucouturier fundó escuelas que enseñaban **SU** psicomotricidad en España, Italia, Portugal, Alemania, y él iba y recorría las escuelas, pero eran escuelas que adherían absolutamente a él. Nosotros nunca aceptamos eso. Y a pesar de todo él siguió viniendo a Montevideo, todos los años, durante doce años creo, porque después dejó de venir con nuestro grupo y una generación más joven lo siguió trayendo. Yo creo que realmente los uruguayos tenemos una escuela propia que es distinta de otras escuelas que hay en el mundo. Y creo que Juan Mila ha hecho un trabajo formidable de difusión de la Psicomotricidad Uruguaya en Europa. Al punto que en el Congreso Mundial de psicomotricidad (2008), hace dos o tres años, Anabelle Alterwain, que estuvo dos años con Aucouturier, en el 90 y 91, se encontró con unos españoles amigos de ella que habían ido a estudiar con Aucouturier y le contaron que había una rivalidad impresionante

en Europa entre Mila y Aucouturier, que Juan le estaba sacando gente a Aucouturier! (risas).

Luego abrimos el área de la Formación Corporal, apoyados por Aucouturier, en un principio supervisados por él, a principios de los 90. Hicimos un taller y lo filmamos en el Enriqueta Comte y Riquet con las maestras de ahí.

*¿O sea que ahí comienza la Formación Corporal?*

Ahí intentamos empezarla. Habíamos hecho un convenio para hacer las prácticas de educación psicomotriz ahí, que es la primera vez que se abre la educación psicomotriz en una escuela pública, porque antes se había hecho en el Bartolomé Hidalgo cuando la trajo Ana Cerutti. Yo nunca hice Educación Psicomotriz, salvo durante el año en que estuve en Francia. Ana sí, cuando vino fue lo primero que hizo. Alquiló una casa grande en el Prado, hizo la sala de Psicomotricidad, hizo el convenio con el Bartolomé Hidalgo de manera que llevaban los niños ahí y así empezó la Educación Psicomotriz. Y se empezó a extender a otros colegios privados y por ese convenio que hicimos cuando yo era la coordinadora de las prácticas en la EUTM con el Enriqueta Comte y Riquet empezó por primera vez a haber una sala de psicomotricidad en una escuela pública. Pero no había cargos de psicomotricista. Eran los docentes de la Escuela de Tecnología Médica que al mismo tiempo que enseñaban a los estudiantes brindaban ese servicio. Entonces Aucouturier, que todavía seguía viniendo una vez por año a supervisar nuestro trabajo con pacientes, nos supervisó a Juan y a mí ese primer taller con las maestras.

*¿Cuándo pasa esto en el Enriqueta, empiezan las prácticas en Educación Psicomotriz dentro de la formación en psicomotricidad? ¿Recién en el 90?*

Sí, empiezan las prácticas en educación psicomotriz, me parece que en el 91, yo para las fechas no soy muy precisa. Pero te puedo decir que se estaba haciendo el convenio con el Enriqueta cuando entra la generación 90. En ese momento habían sacado el cupo en todas las carreras de la EUTM, entonces entraron todos los estudiantes que se anotaron. Yo era la coordinadora de las prácticas y Jeannette era la directora de la carrera

(Rebollo, que había ocupado ese cargo hasta ese momento, había renunciado).

Jeannette se enfermó y yo quedé sola a cargo de aquellos muchachos que eran una cantidad impresionante y además guerreros, y yo no sabía como hacer, porque además no era como en el CEDIIAP. En el CEDIIAP cuando conseguimos la habilitación, que fue en el 2005, sucedió que al año siguiente pasamos de tener generaciones de 6, 7, 8 estudiantes a tener 20. Entonces inmediatamente el Consejo Académico decidió la creación de más cargos de práctica, se hicieron convenios y en 15 días teníamos armados todos los grupos que necesitábamos para atender tres veces más estudiantes. En la Escuela de Tecnología Médica para conseguir un cargo estás años, no te dan los cargos. Entonces ¿cómo hacés para instrumentar las prácticas cuando en aquel momento el cupo eran 20 y pasaron a ser ciento y pico de estudiantes? y además que reclamaban y se peleaban. Entonces renunciaron todos los docentes y yo dije que iba a renunciar y el único que dijo que se quedaba fue Juan. Y Juan me dijo: Cristina, el camino de la dirección está libre, es tuyo. Porque yo era la que seguía a Jeannette. Le contesté “Yo no lo quiero, me voy, si no me voy a volver loca, porque me voy enfermar” “¿Estás bien segura de que no lo querés?” dice Juan. Se lo confirmé. “Entonces me voy a presentar yo”. “¿Y vos te animás?” pregunto yo. “Sí, me animo” dijo.

Nos fuimos todos, yo no sé como hizo. Tuvo que enfrentar juicios, poner abogados, pagar abogados, le pasó de todo. Esa generación tardó siete años en recibirse. Yo me alejé de la docencia en esa época, después renuncié a mi cargo del Clínicas. Trabajaba muchísimo en el consultorio (en esos tiempos todavía había pacientes particulares que pagaban el arancel de la Asociación. Quedé entonces fuera de la docencia, hasta que Rebollo me empieza a llamar, para dar cursos cortos en el CEDIIAP. Pero esa es mi historia personal y no lo que ustedes vienen a conversar conmigo.

Lo que interesa es que en ese camino nosotros fuimos construyendo la psicomotricidad. A partir de la práctica de Aucouturier, pero modificándola a partir de otros autores que también nos aportaron mucho.

Recuerdo una vez que vino Aucouturier y presentó un video en la clínica de Prego, y a algunas personas que lo vieron, entre ellos Prego, les parecieron muy mal determinadas cosas, por ejemplo el excesivo contacto corporal con el



niño, que erotizaba a los niños, entre un montón de críticas que le hicieron que a nosotros no nos cayeron muy bien. Pero después vimos que tenían razón y aceptamos las críticas y modificamos cosas.

O sea que nosotros tuvimos muchos apoyos, eso es lo que no pueden entender los franceses, incluso los argentinos, cómo nosotros logramos conquistar lugares y que la psicomotricidad haya alcanzado el nivel que tiene en Uruguay y el nivel de respeto que tiene nuestra profesión en nuestro país. Los psicomotricistas en otros países son profesionales de segundo o tercer nivel. Yo pienso que incide mucho el hecho de que somos un país chico, entonces todos somos amigos o hijos de alguien importante y es más fácil que te abran las puertas. También es cierto que nosotros fuimos un grupo muy pujante, la primera y la segunda generación, y también otros que vinieron después, queríamos hacer las cosas con seriedad. No nos servía ganar plata haciendo cualquier cosa, se trataba de nuestra identidad. Ser psicomotricista o reeducador psicomotriz no era nada en aquella época y tu profesión es parte de tu identidad. Uno es fulano de tal, la mamá de tal, hermano de tal y sos médico, secretaria...ser psicomotricista no era nada. ¿Qué es eso? nos decían ¿tiene que ver con las bicicletas? Teníamos que construir nuestra identidad. Ustedes vieron que Lacan dice que la falta es lo que produce el deseo y sin deseo no hay búsqueda. Nunca me acuerdo más de Lacan que cuando recuerdo nuestra historia. Eran tantos los agujeros que teníamos que la necesidad y el deseo de llenarlos hizo que la peleáramos de esa manera. Ahora a los muchachos entre que el trabajo les llueve, además se les da una práctica bastante clara, hay que mejorarla por supuesto, pero es claro lo que es la educación psicomotriz, lo que es la estimulación temprana, lo que es el tratamiento, en cualquiera de los tres lugares donde se dicta la licenciatura. La fundamentación teórica también es clara. Entonces ustedes salen conformes. Habrá gente que es más estudiosa que otra, que quiere saber más, que quiere especializarse, pero de todas maneras con el título de licenciado en cualquiera de las tres licenciaturas ustedes salen y saben trabajar y saben por qué hacen lo que hacen. Entonces esa necesidad angustiante de buscar y de estudiar y de ver que teníamos nosotros ustedes no la tienen. Y bueno, es lógico que no sean tan peleadores como fuimos nosotros.

*—¿Cómo se forma el Grupo Espaciolunes?*

Cuando nos fuimos del hospital, empezamos a ver que cada uno se encerraba en su consultorio y poco a poco la tarea asistencial lo tragaba y dejaba de pensar. Ahí surgió la idea de reunirnos un día en la semana para hablar de psicomotricidad, para discutir, traer un paciente y pensarlo entre todos. Al principio éramos más pero al final terminamos seis: Cristina Steineck, que falleció, Claudia Ravera, Jeannette Podbielevich, Blanca García, Marisa Grajales y yo.

Entonces en determinado momento surgió la idea de ponerle un nombre al grupo y como nos reuníamos los lunes y espacio tiene mucho que ver con la psicomotricidad le pusimos Espaciolunes. Y sacamos el libro “Cuerpo y Representación” que es en realidad una recopilación de trabajos presentados en congresos. Finalmente al fallecer Cristina intentamos seguir reuniéndonos pero no podíamos, nos reuníamos pero no hablábamos de psicomotricidad. Fue así que decidimos sustituirlo por un té una vez por mes para conversar de diferentes temas. Todas las cosas tienen su principio y su fin y no pudimos sobrevivir, como grupo de trabajo, a la muerte de Cristina.

*— Le Camus habla de tres etapas de la psicomotricidad, ¿En qué etapa consideras que se encuentra hoy la psicomotricidad?*

Yo creo que la tercer etapa de Le Camus ya está superada. Le Camus habla de la etapa en que la psicomotricidad se mezcla con el psicoanálisis, que nosotros también la pasamos. Hubo una etapa en que nos volcamos mucho hacia el psicoanálisis y luego fuimos tratando de buscar un equilibrio y encontrar un perfil propio, el perfil del psicomotricista. Yo creo que en este momento lo tenemos claro, capaz que hay gente que no lo tiene claro, no sé. Es bien diferente el trabajo en psicomotricidad que el que hace un psicoanalista, por más que los psicoanalistas en el trabajo con niños cada vez meten más el cuerpo, pero es distinto. Y también está pasando que los psicoanalistas cada vez interpretan menos. Pero nosotros nos metemos con las patologías que “muerden” el cuerpo de alguna manera, todo aquello que afecta la imagen del cuerpo y sus relaciones.

Ahora considero que la alteración psicomotriz no es una suma de elementos somáticos y psíquicos, como dice esa definición que nosotros hicimos hace ya veintitras años con Prego.

El descubrimiento de la obra de Le Camus, nos ordenó el pensamiento. Lo descubrimos con Marisa Grajales en un congreso en Porto Alegre y por eso circula en portugués. Ahí nos dimos cuenta que nosotros estábamos muy prendidos al psicoanálisis y ahí empezamos a ver cómo hacíamos para tener un perfil propio. Lo que yo ahora pienso es que *las alteraciones psicomotrices son alteraciones que se construyen en las primeras etapas de la vida del individuo a partir de relaciones difíciles entre el individuo y el medio*. Entonces en la medida en que esa relación entre el individuo y el medio no se realiza de una manera fluída y armoniosa, se arman las alteraciones funcionales como las disgnosias, las dispraxias, los trastornos de la expresividad motriz.

Se discute mucho si estos trastornos y las dificultades que derivan en una “manera de ser psicomotriz” alterada, son primarios o secundarios.

Yo creo que no nos compete a nosotros psicomotricistas decir lo que es primario o secundario. Lo que nosotros sabemos es que por ejemplo, el débil motor llega a la consulta o al tratamiento psicomotor con una serie de características en su motricidad, en su manera de relacionarse, que son particulares y propias del débil motor y que nosotros tenemos que encarar ese cuadro, sea primario o secundario, no importa. Nosotros tenemos que encarar la totalidad de ese sujeto.

Los últimos descubrimientos de las neurociencias insisten en que las experiencias modifican las estructuras de la corteza cerebral. Yo pienso que por más que eso se haya armado como consecuencia de una relación dificultosa con el medio, si el niño tiene una dispraxia, tiene una dispraxia. Y por lo tanto tiene que haber determinado encuadre, donde esté inmerso el individuo en su totalidad, con su afectividad, su inteligencia, la totalidad de su persona, pero que debe haber, aunque no me gusta usar la palabra, “ejercitación” de la función que está en menos.

Pero! que se incluya la ejercitación en el juego espontáneo del niño porque de lo contrario lo estamos fragmentando, volvemos a la psicomotricidad instrumental. Esto requiere de una gran habilidad de parte del psicomotricista, de una gran capacidad de escucha para saber en que momento proponer

situaciones que contemplando el deseo del niño, signifiquen “problemas” que el pequeño tiene que resolver. Así se debe plantear la ejercitación.

. Por supuesto se parte del juego espontáneo del niño pero de alguna manera, a través del manejo del espacio de la sala, a través de propuestas, el niño te propone una cosa pero tu introducís otras: “pero la íbamos a hacer arriba”, “¿cuál es la parte de adentro de la casa?” Por ejemplo los niños que no pueden hacer el ángulo, eso es un problema con el espacio, no es jugando saltando en los almohadones y tratando de que el niño disfrute que vas a lograr que el niño aprenda a angular, aprenda a ordenar las relaciones espaciales de una línea con otra, eso tenés que hacérselo hacer, entonces se inventan distintos juegos, un ejemplo puede ser: “yo voy a dibujar con una tiza en el suelo, vamos a ir poniendo los almohadones arriba y acá tiene que doblar, ¿cómo hacés para que doble? No, así no dobla. Mirá como hago yo.” Entonces está haciendo la casita para jugar lo que él quiere jugar, está resolviendo tal vez sus conflictos, porque los niños a través del juego resuelven sus conflictos, pero también le estás exigiendo a través del juego que construya, que organice, que establezca determinadas relaciones entre los objetos, si es una dispraxia constructiva, en ese encuadre la ejercitación. Eso sí que es bien distinto al psicoanálisis. Y por eso la importancia del diagnóstico. Ahora en CEDIIAP, la materia tratamiento se está dando con esa orientación

Cuando le mandé mi libro a Aucouturier, me felicitó... y después vinieron las críticas, él no está de acuerdo y yo ya lo sabía. No le gusta lo del Diagnóstico. Le suena demasiado médico. Pero yo insisto: es distinto el trabajo con un débil motor al trabajo con un dispráxico, al trabajo con un niño con un trastorno de la expresividad motriz o un niño que tiene una hipertonia de origen emocional. Entonces hay que hacer un diagnóstico y tener bien claro: es torpe pero qué tipo de torpeza, por qué es torpe, porque tiene signos neurológicos leves, o porque hay una disgnosia en la base, o porque no logra, como dice Rebollo, la integración de la gnosia con el movimiento, o sea tiene una dispractognosia. Hay que saberlo, por eso el diagnóstico es muy importante. Esa es la postura que tenemos en CEDIIAP en este momento.

Ahora estamos en la parte de Investigación en la revisión del diagnóstico psicomotor, estamos abocados a eso. Hay otro grupo, coordinado por Rebollo,

que está revisando la exploración de la motricidad de base, que es una parte del diagnóstico muy importante.

Después está lo que en CEDIIAP llamamos Terapia Psicomotriz.

Esto es ya otra cosa. Es para meterse a fondo en la subjetividad del individuo. Requiere una gran experiencia y una importantísima formación personal. Se necesita esta formación para poder trabajar con pacientes con graves conflictos a nivel de la imagen del cuerpo, o con pacientes con patologías psiquiátricas muy importantes de esas que “muerden el cuerpo”. Pero para eso se hace necesaria una formación de postgrado que aún no existe en nuestro país.

Yo hablo de una escuela uruguaya de psicomotricidad pero en la medida que hay tres licenciaturas necesariamente y por suerte, se van a ir diversificando y cada una va a ir adquiriendo su perfil propio.